

De la obra de arte, de la estética y de su impacto vital

On the work of art, a esthetics and its vital impact

Mario Germán Gil Claros^{1**}

Resumen

El escrito enfatiza un concepto clave en la obra de arte, en la estética, que destaca la experiencia, el acto, lo sublime, la forma, el gusto y las cosas como piezas centrales en la elaboración de la obra de arte. La experiencia estética, como en lo sublime, es una reflexión racional que puede llevar a una actitud o modo de vida. En la obra de arte, la sensación y la razón establecen un franco diálogo con la razón, impactando la pobreza material y aterrizando lo trascendental. La experiencia estética encuentra una aureola que se identifica como arte, ya que, en contadas ocasiones por su grandeza, es sublime. La experiencia estética va a lo más profundo del ser, ligado a la sensibilidad en su devenir significativo, ya que no se reduce a lo primordial o al materialismo vulgar. La vida es una relación entre la ontología y la obra de arte

¹ ^{**} PhD en Filosofía. Director de investigaciones de Redife. Líder del grupo de investigación Redife: educación, epistemología y filosofía. Ministerio de Ciencia tecnología e Innovación. Colombia. Par evaluador de esta. Docente universitario. MARIO GIL mariogil961@hotmail.com <https://orcid.org/0000-0003-1876-2137>

en su significación estética, que enriquece la experiencia artística y toma fuerza ontológica en el mundo.

Palabras clave: Artista, espiritual, fuerza, observador, sensible, modo de vida, ser

Abstract

The writing emphasizes a key concept in the work of art, in aesthetics, which highlights the experience, the act, the sublime, the form, the taste and the things as central pieces in the elaboration of the work of art. The aesthetic experience, as in the sublime, is a rational reflection that can lead to an attitude or way of life. In the work of art, sensation and reason establish a frank dialogue with reason, impacting material poverty and landing the transcendental. The aesthetic experience finds an aura that is identified as art, since, on rare occasions due to its greatness, it is sublime. The aesthetic experience goes to the deepest part of being, linked to sensitivity in its significant becoming,

since it is not reduced to the primordial or to vulgar materialism. Life is a relationship between ontology and the work of art in its aesthetic significance, which enriches the artistic experience and takes ontological force in the world.

Keywords: Artist, spiritual, strength, observer, sensitive, way of life, being

La experiencia estética

Pasión y razón van de la mano, siempre lo han estado. Como lo inconsciente con lo consciente; son cómplices y se precisan como pareja. En esta dirección, la experiencia estética a través de la sensibilidad, acompañada por lo dicho, incide en los modos de ser, en las actitudes de vida. Por lo tanto, la sensibilidad, el mundo de las emociones y sentimientos, establecen un franco diálogo con la razón, como acontecimiento que impacta a la obra de arte. Que trasgrede la pobreza material, pero que aterriza lo trascendental. En esto va la experiencia estética en su conjunto, que nos aboca a una actitud o modo de vida.

Hablar de la experiencia estética no es sólo hablar de lo bello, sino de lo feo, de lo horrendo, entre otros. En este sentido, la experiencia estética quiebra la reflexión racional, la cual puede culminar en lo sublime, entendido como aquello que modifica nuestra condición de ser, que la supera, que a la vez atrapa y sublima, donde podemos decir que la moral no está presente, es libre de cualquier atadura heterónoma. Así, en lo sublime, se confabulan el placer, lo erótico y lo espiritual, libre de cualquier normatividad. A diferencia de Kant y de Kierkegaard, en la experiencia estética, como en lo sublime, la moral no juega un papel relevante, como lo juega en la vida diaria. El juicio reflexivo kantiano no va más allá, ya que entramos a un mundo donde la cosa, en sí elevada, se vuelve inexplicable. Contrario a la regla, que es una representación del juicio reflexivo sobre el arte en su entendimiento, en la que el papel del llamado crítico del arte juega

un rol condicionado sobre la comprensión de la obra artística.

Ahora bien, en la obra de arte, a pesar de contar en su mundo con la percepción, la sensibilidad, la materialidad y la espiritualidad, ella encierra una aureola, que la identifica como arte, y que, en contadas ocasiones por su grandeza, es sublime; porque el arte en su substancialidad va más allá de lo inmediato, y escapa de su materialidad básica a través de la espiritualidad como obra, como referente; en este sentido, la idea, el espíritu, el pensamiento artístico, están íntimamente ligados a la obra en su composición material. Pues no hay arte sin obra, o sin materia; no habría idea o concepto de lo que son las cosas mismas en su creación o invención. Ella se realiza en su materialidad como creación y consolidación espiritual, concedida en un modo de vida. Así, la experiencia estética va a lo más profundo del ser, ligado a la sensibilidad en su devenir significativo, el cual no queda reducido a lo primordial, de un materialismo vulgar, ni de un moralismo aberrante, como lo llegó a cuestionar Nietzsche. Lo que se vive es una profunda relación entre la ontología y la obra de arte en su significación estética, que enriquece la experiencia artística; es más, la vida misma, que toma fuerza ontológica en el mundo. Precisamente, lo que hacemos como humanos es un hacer estético que se une a la experiencia, en la concreción mundana de las cosas, en su comprensión y significatividad. La comprensión, como parte de la experiencia estética, incide y media en la percepción y la sensibilidad, que llena a la experiencia; por ende, la comprensión y la significación artística envuelven al sujeto creador e inventivo, interesado y con intencionalidad. En consecuencia, la experiencia estética deja huella en la interioridad del sujeto, en el que están presentes las partes y el todo, el contenido y la forma, que hacen parte de la subjetividad y que tienen que ver con la verdad.



La experiencia estética involucra al Ser, no solamente en su exterioridad anunciada al mundo, sino en su interioridad, como pasión, como vitalidad, que quiebra la regla. Pues la experiencia estética, acompañada de la sensibilidad, lo que hace es atravesar, inundar, cobijar al ser en su devenir – siendo – mundano, en el que la obra y el ser son uno. ¿Cómo accedemos a la experiencia estética? ¿Cómo la relacionamos y la socializamos? Es innegable que el lenguaje juega un rol fundamental en su comunicación, para ser accedido al Otro. Aunque valga decir que la palabra, la escritura, se agota en la cosa, en la obra misma; tal como se da en la relación directa entre la obra de arte y el espectador, el cual logra intimar sensiblemente con ella. De modo que la palabra y la escritura, en su esfuerzo por comprender la obra, no pasan de ahí, de un mero esfuerzo por entender y explicar lo inexplicable, siendo esta su gran tarea respecto al arte.

La experiencia estética posee un valor intrínseco, pues su alcance artístico y estético reside en la vivencia; no es de orden instrumental, mucho menos es una simulación de arte, como aquellas obras contemporáneas, vacías, espurias, frías y algorítmicas, que destruyen la subjetividad creativa del artista. Así que la experiencia estética, como valor, está atada a un saber (sabor) y a un gusto en el ser y al éxtasis, que algunos llamarían magnitud o sublimidad, en su radical singularidad como principio de verdad, que escapa a la industria cultural. En este sentido, la experiencia estética, mediada por la sensibilidad, la intuición, la pasión, el juicio crítico, lo sublime, no lo es solamente por lo bello o lo feo, sino también por lo deforme, por lo trágico, por la violencia, por el horror, entre otros. Toda experiencia estética deja huella no solo en la obra como tal, sino en el espíritu del artista y del espectador.

¿Qué interviene en la experiencia estética? La intuición, acompañada de la sensibilidad,

como otra forma de conocer y abordar el mundo, custodiada por el aparecer y por su impacto en el quehacer artístico, la cual se da de manera directa en su apariencia. De esta forma, la experiencia estética, a diferencia de otras experiencias, perdura profundamente en su intencionalidad con la obra; ella se mantiene a través del tiempo, concretamente, en la memoria, en la imagen vital. Ella es más que un discurso elaborado, es una vivencia diáfana. Lo cual no quiere decir que no se pueda reflexionar sobre ella. De todas maneras, la experiencia estética tiene un profundo efecto estabilizador para quien la vive, como cuando miramos desinteresadamente un hermoso atardecer, tal como lo formula Rousseau en sus ensoñaciones. O como Nietzsche en una carta a su amigo Rodhe. Cuya marca en la vida es de orden indiviso e íntimo. Es así como la experiencia estética impacta la existencia a través de un modo de ser, de un estilo de vida, tal como fue la modernidad para Baudelaire y Rimbaud. En resumen, es una vivencia dada sensiblemente tanto en el pensar como en su praxis.

3 1

Por último, la experiencia estética, como experiencia de libertad, no es una metafísica de orden teleológico, mucho menos teológico; sino algo que topa con el cuerpo en su conjunto, con su espiritualidad, de un cuerpo pensante, pleno de vivencias; en él está la validez del arte, de la estética, traducido en una actitud de vida. De modo que la mirada del esteta se da bajo esta experiencia, asumida como actitud, que se opone a una pobreza espiritual del mundo, por medio de lo que sería el acto estético.

El acto estético

De la acción estética media la imaginación, la cual va más allá de la mera experiencia estética. En la acción estética aparece la creación de esta en la forma, que se logra plasmar en la obra, fruto del accionar imaginativo, que afecta al artista en su integridad, que la liga a la obra de arte directamente e implica al observador



ajeno a ella en su producción o creación. Es decir, hay una implicación mutua entre el artista y el observador, del contemplador de la obra, fruto de la acción estética del artista, que se constituye en el centro estético, en el que no sólo hay una relación sensitiva, de experiencia estética, sino de juicio estético, en el que está involucrado el sentimiento estético, que nos lleva a un juicio universal, que afecta e involucra a la subjetividad, la cual hace parte de la acción, del acto estético a través del sentir, que, como puente, se comunica entre el artista y el observador. Sentir lo que el artista siente, sentir que se da de manera desinteresada a pesar del juicio.

Ahora bien, contemplar el firmamento, sin verse obligado a nada, ya es una acción estética que la subjetividad lleva a cabo; disfrutar de los rayos del sol tirado en una mandorla, como lo escribe Nietzsche en su correspondencia, donde la acción y su culminación se dan en el acto estético, es quizás uno de los mayores logros del arte y del artista para consigo mismo, para con los demás, que toma distancia frente a lo reproductivo, que impera en las sociedades contemporáneas de consumo. El acto estético es la culminación de la experiencia estética, es el fruto de dicha acción y, por último, de la misma sensibilidad estética, que culminan en él como obra, como visión de mundo, que, para algunos, estaría en el rango del concepto, que deja de ser vital, dinámico en su constitución, desafiando la normalidad con lo imposible, distanciando a través de su conocimiento sensible de lo cognitivo, que hoy involucra el hacer humano en múltiples aspectos. Es otra mirada que cohabita con otras. Lo cual lleva a una toma de postura de vida de lo que sería una actitud estética, que afecta al sujeto en su subjetividad, en la consolidación de un modo de vida. Así, la sensibilidad involucra lo que somos en un tipo de saber, que se diferencia del conocimiento heredado. Este saber brilla por ser inacabado, tal como lo es la obra de arte, la propia vida,

pues en el hacer como acción, no logramos ser plenamente, o como quizá podemos verlo con Aristóteles, al decir que la obra humana culmina con la muerte, antes no.

Podemos decir lo siguiente: a través del acto estético, como obra, el sujeto se abre al mundo que busca condicionar en su accionar artístico, provocar en él un hecho sublime para los interesados en su obra, no para un mero espectador formal pasivo. El sujeto creador se desprende de ella ante el mundo; a la vez es parte de ella y del mismo mundo de manera singular y con estilo propio, que por su impacto se pronuncia y se universaliza.

En consecuencia, la obra, por medio del acto artístico, se anuncia al Otro, a los Otros como parte de su universo, en el que está involucrada existencialmente como experiencia artística. Es decir, vivida (Erlebnis). Es así como vemos y podemos decir que la obra de arte es la experiencia estética, que impacta la sensibilidad y en ocasiones nos lleva a lo sublime de la misma, la cual provoca nuevas creaciones, nuevas formas que trastornan el orden dado. En síntesis, la experiencia estética, como la acción y el acto estético, posee la capacidad de construir realidades, mundos y que sale del paradigma económico dominante en las vidas de hombres y mujeres.

De la experiencia, del acto artístico a la vida cual obra de arte

La experiencia artística, la vida como obra de arte, la obra de arte en diversas manifestaciones, incluyendo la vida filosófica, nos vuelve atentos a la creación, nos hace más sabios, en la consolidación de un modo de vida, profundamente ligado a la experiencia y al acto estético, que en su culminación asume posturas espirituales. En suma, la vida como experiencia estética se resume en la praxis de lo que pensamos y hacemos, reflejado en un comportamiento o modo de ser, dado en acciones

básicas de nuestra conducta significativa en el mundo. Una experiencia estética está pegada a la suela de los zapatos y a su caminar. Lo que nos lleva a decir que el ser humano es un ser irremediamente artista, un ser estético por excelencia, como se puede apreciar en la ciencia, en la cultura, en la filosofía, en la política, en la religión, en la economía, como en los asuntos domésticos, entre otros. En últimas, una vida serena, una vida espiritual, nacida del sentir y del saber estético.

Ahora bien, la vida espiritual, no religiosa, precisa de un trabajo intenso y fuerte sobre sí mismo como obra de arte, que nos obliga a modelarnos permanentemente en aras de la preservación. De modo que podemos decir que la experiencia, la praxis estética, es aquello que tiene lugar en la vida humana, manifestada a través de relaciones sociales, culturales, religiosas, políticas, etc. Esta experiencia estética se encuentra íntimamente ligada a la creación, al ocio, a la vivencia, a lo sublime. Esto último nos lleva a preguntarnos. ¿Se puede conceptualizar lo sublime? Pregunta que está en relación con la experiencia, al acto artístico vital. En lo sublime se conjuga una sola expresión primigenia de orden artístico, que desborda el lenguaje, el discurso y persevera en el ser, concretamente en el ente, fuente de creación; ya que la experiencia del ente está en la creación, irradiada en un modo de ser devenido en el mundo. El artista, como el pintor o el poeta, entre otros, crea lo que los demás no ven. Así es el filósofo-artista. No es un mero contemplativo, amante del saber, sino que está ligado a la *technè*, al hacer como praxis, a lo que está a la mano. Es decir, la filosofía, en nuestro caso, como existencia estética, como vida cual obra de arte, cual amor a ella, a la creación de conceptos llevados a la vida práctica, en el que destaca el estilo de quien la vive. En este sentido, sin demeritar la vida filosófica en su razón, va más allá del mero concepto, va a la mano, al hacer. Tal como lo hace el alfarero con la arcilla, el escritor fiel a la escritura, el pintor a través de

la fuerza del color, entre otros. Esto último es lo que da la experiencia artística, inmersa en el mundo social, la cual dinamiza y transforma, le da forma, que, como estética, impacta la vida humana. Como dicen los críticos de arte, la vida se convierte en pintura de la cual somos parte, como experiencia artística o estética, mediada por la memoria, cual poesía. En consecuencia, no sólo hay experiencia estética, hay praxis o acción artística, tal es el caso de la danza o el baile popular, donde el cuerpo es el epicentro de dicha experiencia, despojado de toda moral heterónoma, que se proyecta en el espacio; análoga situación vemos en la expresión teatral, en el que se manifiestan líneas de fuga, cuerpo-espacio-movimiento, el sentir-sensibilidad, el sentido-significado. En otras palabras, la realización de gestos que llevan a la obra artística.

Lo visto nos lleva a la construcción y constitución de subjetividades cual obra de arte, donde la experiencia y el acto estético son parte de este orden o modo de vida libre.

3 3

De lo sublime en la experiencia estética

Cuando nos referimos a una filosofía del arte, la cual aborda la obra, la forma, de la que se han ocupado los filósofos en gran medida por medio de la estética. En este sentido, la vida en sí misma es objeto y labor estética, que puede rayar en lo sublime. Podríamos decir modernamente que Kant es el teórico, el reflexivo sobre lo sublime; Nietzsche es aquel que lo vive plenamente, tal como se dejó ver a lo largo de su vida, plasmado en sus obras, en su correspondencia, la cual exhala vitalidad artística, donde lo sublime va más allá de cualquier elaboración escrita e impacta nuestra condición de existencia, tal como se puede ver en el alcance del estado Zen. Así, lo sublime es irreverente ante cualquier postura teórica, quiebra límites del pensamiento, de la razón y sacude el vivir, poniéndolo en otro campo, en otro contexto.

Lo sublime es impactado por el arte, el cual va más allá de la misma obra artística, la propia naturaleza; en sí, provoca momentos o estados que impactan profundamente la vida. En otras palabras, lo sublime conmueve lo más profundo de la existencia y quiebra cualquier tipo de norma. No hay principio de razón, ni sin razón; queda en los meros límites o posibilidades ante ella. ¿Qué es lo que da fuerza a lo sublime? El mismo arte, el cual va más allá de la producción artística; tal es el caso de una pieza musical que conmueve lo más profundo de nuestra condición de ser, la vida misma.

Ahora bien, se dan situaciones y momentos específicos que desembocan en instantes elevados de orden espiritual. En lo humano cabrían los grandes santiamenes singulares que rayan en lo atemporal. En la fuerza de lo sublime, no hay belleza, no hay fealdad, no hay verdad, no hay falsedad, entre otros; hay una profunda alteración y transformación del estado del ser que lo sacude en su condición como sujeto, como individuo, como humano.

Lo sublime, siguiendo a los antiguos, es una exaltación que conduce al éxtasis, pone a nuestro ser a su favor, ya que inunda nuestra condición de pensar. Según los antiguos, lo sublime reúne unas características específicas que nos conmociona. ¿Cuál es el manantial que hace que lo sublime sea? Si seguimos a Longino, vemos la expresión como lo más elevado del pensamiento y la pasión innata. Digamos que, sin estas dos últimas características, lo sublime es imposible en el sujeto como experiencia. Así, vendría en el arte las características de la doble formación de figuras, la dicción noble, la dignidad y elevación de estilo en la composición. De este modo, en estas tipologías conjugan en el momento preciso y justo para que lo sublime sea. Es así como lo sublime se fusiona en el sentir. Pasión, percepción, espiritualidad, mundo; que, por su fuerza, es intensivo y expansivo y lo lleva a lo magnánimo, a la grandeza. En otras

palabras, lo sublime es la prominencia del ser, del ente, de lo humano, de una vida como obra de arte que impacta al cuerpo, como experiencia singular.

¿Qué caracteriza de manera específica lo bello y lo sublime? El placer por sí mismo. Esto último ya lo había dicho Kant en su *Crítica del juicio* (1777). Ante todo, para el filósofo alemán, lo sublime, en conexión a nuestros sentidos, a la racionalidad, es de orden reflexivo en la espiritualidad humana. Lo bello como lo sublime se encuentran ligados al placer particular, al del sujeto en su singularidad.

Ahora bien, lo bello se exterioriza, se expone; lo sublime se interioriza. Kant nos dice que lo sublime es algo que nace indirectamente del sentimiento de suspensión pasajera de las facultades vitales; se vuelve un asunto espiritual, una percepción interna, que se desborda emocionalmente y provoca conmoción y placer en el sujeto. En lo sublime, la imaginación hace su propia representación; es un sentimiento que desborda cualquier tipo de comparación, supera los límites; él lleva consigo mismo lo grande, lo infinito, lo espiritual. Así, la sublimidad en la espiritualidad del sujeto sintiente o sensible, hay una contemplación que nos abandona a la imaginación sentida, vivida. En lo sublime hay devenir, fuerza, conmoción, que sacude al sentir, al ánimo, a la pasión que lleva al asombro que perturba nuestra condición de ser y lleva a la libertad.

¿Qué impacto tiene en nosotros lo sublime? Una profunda conversión de sí mismo que quiebra los patrones de vida cultivados. Lo sublime ontológicamente sacude al ser en el mundo a través de lo óptico, donde el lenguaje toma otro rumbo de orden estético y vital. Lo sublime, en el fondo, se vuelve una experiencia que se aprende, que transforma la existencia. A todo esto, surge la pregunta. ¿Acaso lo sublime raya o va a la transgresión, a lo demoníaco, al delirio, a la locura, entre otros? De nuevo. ¿No

se fatiga la sinrazón, la razón, o la irracionalidad y la racionalidad ante él? ¿Acaso lo místico es arrastrado por lo sublime?

En consecuencia, lo sublime posee la característica del poder y la fuerza. Frente a él sobran las palabras, solo hay sentir, sensibilidad; de ahí para Kant, su educación. En esta dirección, lo que vemos en su encuentro con la singularidad impactada por él, no importa si es un transeúnte, un científico, un artista, un filósofo, entre otros. En su fugacidad, deja huella imborrable, que transforma en profundidad la existencia como experiencia, que nos arrastra a grandes obras, en especial en el arte. Así, lo sublime es un estado único del sentir, es una experiencia actual (Vico) sin más, que supera nuestra condición de vida diaria e intelectual, como nuestra subjetividad, que lleva a los límites de la intuición, del pensamiento y del propio sentir. En otras palabras, va más allá de la creencia, de la moral, sin filtro de la voluntad como de la razón o sin razón. Es otro "lugar" con sus características, si las hay.

De la forma en la estética

Cuando hablamos de la forma, necesariamente nos preguntamos. ¿Estamos hablando exclusivamente de lo bello? Lo feo, lo espeluznante, lo repugnante, entre otros. ¿Acaso no son parte de la forma? Es decir: ¿de lo estético? Ya artistas, como es el caso de pintores, en especial del siglo XX, rompen con la idea de lo bello en la estética. Algunos de ellos, como Picasso con el cubismo, Dalí con el surrealismo y Bacon con los rostros y cuerpos humanos, entre otros, tienen entrada en la estética contemporánea. De modo que, en la forma, tienen cabida múltiples expresiones artísticas, partes constitutivas de la misma. La experiencia común nos enseña acerca de la forma o de lo estético, pues el entorno, el mundo humano, está lleno de formas, tanto naturales como artificiales. No necesariamente la forma pasa por el gusto o por el juicio en su

predefinición. La forma ya está en las cosas como realidad, en los modos como atributos, o la forma es lo que permite que la obra sea, es decir, lo que es, que en el artista pasa por la intencionalidad. Lo cual nos lleva a decir. ¿Acaso lo feo, lo grotesco, lo repugnante, lo violento, pierde su estatuto estético, su belleza? Lo que de una u otra manera se refiere a lo logrado como bello, en el que la forma se constituye en los límites de esta; sin que desaparezca la medida y la armonía de la creación artística, oponiéndose a su disolución, al caos, a la muerte.

La forma está en sí misma, es inmanente, para sí misma, es sensible, es pensamiento y a la vez contenido. Es materia, es idea, en el momento en que se conjugan, sin importar su valoración o juicio. De modo que la forma está mediada por el gusto subjetivo, más que el objetivo. En este sentido, el gusto asumido, parte constitutiva del sentir, se eleva al rango del sentimiento. En nuestro caso, en la valoración de la forma, en justa precisión; no importando su fealdad, belleza o cualquier otra manifestación. En esta dirección, alcanzamos a decir, como ejemplo, que la luz juega un papel clave, pues no sólo expone la belleza de las obras, si se quiere, de la naturaleza, sino de la verdad de las cosas, tal cual ellas son en su forma, no sólo en su materialidad, sino en su espiritualidad, que, en el caso de los colores, juega afectivamente con el sujeto sensible a ellos emocionalmente; sin restar la importancia de la oscuridad, de las tonalidades, que van a impactar nuestros sentimientos y juicios. Por lo tanto, estamos hablando de la verdad de la forma, de la estética.

Podemos decir que la forma va más allá de lo meramente bello, en el que están presentes lo consciente, lo inconsciente. Es decir, múltiples manifestaciones como lo absurdo. La poesía es un ejemplo de lo dicho; la música lo es también; en especial la arquitectura, parte del paisaje cotidiano humano. Así, la forma en que el artista se encuentra cargada de intencionalidad, de

presupuesto subjetivo, donde lo que no es bello toma su lugar preponderante. Es decir, son partes constitutivas de la estética.

De esta manera, la forma, la estética, conmueve nuestro ser, golpeando en muchas ocasiones lo sublime. Hoy la forma brilla por su flexibilidad, por lo múltiple. Más que hablar de lo bello, de lo feo, de lo horrendo, de lo deforme, etc., la estética está mediada por el gusto subjetivo, no sólo del artista, también del observador o del espectador. El riesgo que se corre es caer presos de la indiferencia, del da igual en el arte, que nos lleva a una caída de un espíritu cursi, de consumo y de pobreza espiritual de la obra artística, de la estética.

Del gusto y las cosas

El gusto

El gusto tiene que ver con nuestros sentidos, pero también va más allá de los mismos cuando hay un saber (sabor) que modifica nuestro sentir, en especial nuestro pensamiento. Esto último nos facilita la construcción de reflexiones estéticas. Ambas posturas, la sensible y la reflexiva, van de la mano en lo que sería el gusto estético; sin desconocer que lo sensible va más allá de la mera cosa, él está en la propia obra de arte como expresión estética. Como cuando decimos que lo sensible de una obra musical no está en el instrumento en sí, como la guitarra, sino en su producción musical como materia artística. (Dufrenne).

Asimismo, es innegable que el gusto está ligado a lo sensible. Surge la pregunta: ¿Es posible explicar el gusto por medio de juicios? Ya que el juicio no sólo juzga algo en específico, tal es el caso de la obra de arte, sino que tiene una intencionalidad respecto a lo juzgado. Lo anterior nos lleva a esta pregunta: ¿El gusto juzga directamente lo que experimenta o prueba? Cuando decimos directamente, nos referimos a dos maneras de abordarlo. Uno, por la

percepción inmediata. Dos, por el pensamiento reflexivo. De ahí las diferencias respecto al gusto, las cuales tienden a ser radicalmente singulares en su “valorización”. Ahora bien: ¿Cómo es posible el gusto en el mundo del arte? ¿Cuál es su estrecha relación con la estética? El gusto se encuentra en el sujeto, el cual se relaciona con la obra artística; a la vez que no es necesariamente un proceso de orden epistemológico, sino una condición, un sentir del ser, acaparado por la sensación de placer, de aceptación por nuestros sentidos inicialmente. Podemos decir que el gusto básicamente es directo y no una valoración conceptual; hay una satisfacción que golpea al ser en su percepción.

Lo visto lleva a preguntar: ¿Qué es el gusto? Él es el propio ser, el ente, la subjetividad, que le da su propia impronta. El gusto se encuentra ligado a un modo de ser, de percibir, descargado de cualquier conceptualización, de moral alguna, sin utilidad alguna, en el que prima lo subjetivo; en él, como diría el viejo filósofo de Königsberg, no hay juicio de conocimiento. Es tan fuerte, tan directo, que no precisa mediación de juicio alguno. A todo esto, surgen las consabidas preguntas. ¿El gusto es igual a lo sublime? Sí lo es. ¿Cuál es la diferencia? ¿El primero sensible, el segundo espiritual? De todas maneras, el gusto por su condición de inmediatez irreflexiva; posteriormente toma una postura reflexiva, un juicio sobre el mismo que impacta y modifica el pensamiento, la espiritualidad.

Finalmente, ¿es posible educar al gusto? En este sentido, el gusto dejaría de ser lo que es primigeniamente, encauzado por juicios de la buena mesa, como ejemplo “clásico”, regulado por reglas morales. Así, la libertad del gusto queda abolida y regulada por normas institucionales. En esta dirección, vale destacar que el mero gusto, que hemos llamado primigenio, carece de regla objetiva; es tal cual, sin mediación. Con el juicio se derivan unos fines racionales, en los que la belleza es fruto de dichos fines. Como es

el caso del diseño de una vivienda, que lleva a una metafísica de la belleza del hogar, tal como se da con el juicio estético acerca del gusto.

Las cosas

Al hablar de las cosas, también se habla de los objetos. Las primeras están ahí, habitualmente las confrontamos; pero a través de las percepciones, las cosas se vuelven objetos y generan un cambio en nosotros. Al relacionarnos con ellas como objetos, hay pensamiento, hay forma, las cuales ocupan un lugar específico en nuestras vidas. Las cosas-objetos tienen propiedades, características singulares, las cuales hacen parte de nuestra costumbre, nos orientan, nos dan sentido y seguridad. De ahí la urgencia de su forma. De modo que nuestro mundo, nuestro universo o análogo, está compuesto ópticamente de cosas, de objetos, con los cuales interactuamos a diario de diversas maneras y formas, en su contemplación, en su creación, en su producción, en su reproducción, en su espiritualidad. Ante todo, las clasificamos y les damos nombres, en la búsqueda de sentido y significado, tal como lo es la obra de arte. Es así como se vuelven familiares, una vez creadas y producidas, donde juegan su papel en las relaciones sociales, que en muchos casos pasan a cumplir su función mercantil y pierden su encanto o su aura, siguiendo a Walter Benjamín. Ahora bien, quizás el profundo dolor que despierta en nosotros frente a ellas es saber que la obra de arte se transforma en vulgar mercancía de subasta, alienada y carente de conexión espiritual, de desapego, olvidada en cualquier lugar y sin importancia alguna. Así, las cosas como obras de arte nos gustan, porque en ellas se revelan sus encantos y en muchas ocasiones su espiritualidad a través de la representación, la cual despierta profundas experiencias y nos lleva a otros mundos, que facilitan constituir culturas y creencias, entre otras.

Las cosas, cuando entran a hacer parte del mundo humano, dejan de ser simples cosas y toman otra forma como objetos de orden estético; su cambio es radical, poseen alma, autonomía, mundo, etc. Es más, mutan. Ya Marx lo ha explicado con la mercancía. De modo que las cosas-objetos no son simplemente lo básico, lo físico; están conectadas a una intención, a una verdad estética de la misma en su comprensión creativa por el artista y por el público transformado por ellas, que despierta en nosotros emociones, afectos, sentimientos, reflexiones y profundos intereses. En otras palabras, en las cosas-objetos, dejamos nuestro sello espiritual a la vez estético.

De todas maneras, hay una historia, una memoria en conexión a lo humano, que nos habla y que posee su propia alma como obra de arte, en la que el artista deposita su espíritu creativo vital, dando forma a la realidad humana, a la cultura, a la ciencia, al reconocimiento, que en su simbolismo afecta nuestro diario vivir. En esencia, las cosas-objetos cobran vida, se comunican con nosotros y nos hablan de sus historias.

Las cosas, cuando entran a hacer parte del mundo humano, dejan de ser simples cosas y toman otra forma como objetos de orden estético; su cambio es radical, poseen alma, autonomía, mundo, etc. Es más, mutan. Ya Marx lo ha explicado con la mercancía. De modo que las cosas-objetos no son simplemente lo básico, lo físico; están conectadas a una intención, a una verdad estética de la misma en su comprensión creativa por el artista y por el público transformado por ellas, que despierta en nosotros emociones, afectos, sentimientos, reflexiones y profundos intereses. En otras palabras, en las cosas-objetos, dejamos nuestro sello espiritual a la vez estético.

Por otra parte, las cosas como objetos estéticos se encuentran íntimamente ligadas a la sensibilidad, ya que la mirada humana se

encuentra cargada de estética, pues todo lo que hacemos son producciones estéticas, desde lo visual, el vestir, el hogar, la ciudad, el Estado; en fin, hay una plasticidad en lo que hacemos, que puede llevar a nuevos estilos de vida, en unas sociedades de intercambios simbólicos en las relaciones sociales. En otros términos, transforma al artista, al observador, al sujeto.

Palabras finales

La obra de arte, el objeto estético en su aparecer, en su anuncio en un campo de saber, en una episteme, mediado por la cosa, va más allá de su condición óptica, de su condición de ser como mero aparecer, como experiencia, como gusto, como forma, como sublime, como verdad; va al hacer y transforma la realidad vivida.

Bibliografía consultada

- Benjamín, Walter. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca. Ciudad de México. México
- Bodei, Remo. (1998). *La forma de lo bello*. Visor. Madrid. España.
- (2013). *La vida de las cosas*. Amorrortu. Madrid. España.
- Burke, Edmundo. (1807). *Indagación filosófica. Sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime*. Universidad de Alcalá. Alcalá. España.
- Deleuze, Gilles. Guattari, Félix. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos. Valencia. España.
- (1993). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama. Barcelona. España.
- Déotte, Jean-Louis. (2012). *¿Qué es un aparato estético? Benjamín, Lyotard, Rancière*. Metales pesados. Santiago de Chile. Chile.

Dufrenne, Mikel. (1982). *Fenomenología de la experiencia estética. Tomo I. El objeto estético*. Valencia. España.

Gironi, Baldire Salni. (2013). *El acto estético-cinco lecciones reales, cinco riesgos de perderse*. Lom ediciones. Santiago de Chile. Chile.

(2008). *Lo sublime*. Visor. Madrid. España.

Kant, Manuel. (1977). *Crítica del juicio*. Espasa-Calpe s.a. Madrid. España.

Longino. (2014). *De lo sublime*. Acantilado. Barcelona. España.

Marx, Carlos. (1977). *El capital. Vol. I*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá. Colombia.

Menke, Christop. (1997). *La soberanía del arte. La experiencia estética según Adorno y Derrida*. Visor. Madrid. España.

Nietzsche, Friedrich. (2005). *Correspondencia*. Editorial Trotta. Madrid. España.

Rousseau, Jean-Jacques. (1983). *Las ensañaciones del paseante solitario*. Alianza Editorial. Madrid. España.

Vico, Giambatista. (1975). *Ciencia nueva*. Aguilar. Buenos Aires. Argentina.